

El voluntariado como expresión solidaria en el siglo XXI*

El voluntariado se ha convertido en una de las realidades más ilusionantes de fin de siglo. Yo diría que es una seria y fundamentada razón para la esperanza, ante el milenio que está a la vuelta de la esquina. El voluntariado es la aportación de la suma de voluntades individuales en proyectos colectivos para hacer realidad el principio de justicia social. Hombres y mujeres de todas las edades manifiestan su disponibilidad para dar lo mejor de sí mismos allá donde son más necesarios. Y, todo ello, en un intento de hacer realidad esa necesidad de participación, desde saberse libres y sentirse solidarios en un mundo que camina por autopistas informáticas, pero del que no ha desaparecido la pobreza ni la violencia. El voluntariado viene a ser la solidaridad en lo concreto, tanto en el problema y las personas como desde el compromiso individual de cada una de las mismas. Pero también es la solidaridad articulada en red para crear sinergias que faciliten el logro de objetivos.

Es la fraternidad al servicio de la justicia; es la solidaridad como instrumento para reequilibrar las desigualdades y los desajustes que se generan en el seno de la propia sociedad en la que viven.

El voluntariado es la respuesta de la sociedad civil a las emergencias que se suscitan, y que acaban siendo demandas crónicas en ámbitos de vulnerabilidad. Por eso es preciso insistir en una dimensión del voluntariado que le define por encima de cualquier otro rasgo: la generosidad.

No se trata de aportar caprichosamente tiempo y habilidades, experiencias o saberes. Es, nada más y nada menos, un compromiso estable y responsable de dedicación a un proyecto compartido en los objetivos y en el tiempo. El voluntariado es algo totalmente ajeno al voluntarismo y a la improvisación. Muy especialmente el voluntariado social –que es el que nos ocupa– porque la naturaleza de su actuación requiere una planificación previa, tendente a resolver situaciones sociales (individuales o colectivas) que no pueden dejarse al albur del estado de ánimo o de la inspiración de quienes dicen estar dispuestos a ayudar. Parece evidente que la solidaridad, a través del voluntariado, conlleva el ejercicio de la tolerancia, el respeto, la comprensión de la condición humana, pero también supone la militancia en un cierto activismo. Este es un rasgo diferenciador de esa solidaridad voluntaria del siglo XX, convertida en activismo por quienes no renuncian a cambiar el mundo, por quienes están decididos a participar en la construcción de una sociedad más justa, por quienes no se resignan a ser meros espectadores de la realidad que les ha tocado vivir.

* Conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI el 29 de noviembre de 1999.

Posiblemente, haya sido el siglo XX el momento culminante de una corriente solidaria organizada –que ya resulta imparable– y que ha estado latente a lo largo de años y siglos. Es el camino de tantas y tantas personas que se han planteado (a nivel individual o colectivo) cómo trabajar y qué hacer ante el sufrimiento y la desprotección de otros seres humanos.

La protección y ayuda a las personas socialmente excluidas se ha producido de diversas maneras y ha respondido a distintas motivaciones a lo largo de la historia. No ha sido un proceso lineal y separado sino que –a lo largo del tiempo– han convivido enriquecidas por un fenómeno que se consolida en el siglo XX, el voluntariado.

Algunos historiadores sitúan en el final de la II Guerra Mundial los inicios de esta solidaridad articulada. Otros, la adelantan al siglo XIX citando el maravilloso ejemplo de la Cruz Roja, como su mejor exponente. También hay quienes señalan los años 70 y los comienzos de la crisis del Estado de Bienestar como el momento en el que la sociedad civil asume algunas de las responsabilidades sociales que competían al Estado.

Yo entiendo como acertada la tesis del profesor Víctor Pérez Díaz que en su obra *El retorno de la sociedad civil*, publicado hace más de una década, señalaba que la sociedad en los países occidentales en la segunda mitad del siglo XX estaba recuperando posiciones de influencia en relación con el Estado y la clase política. El profesor Pérez Díaz en un lúcido análisis encuentra algo más que la simple cobertura de áreas asistenciales no abordadas por los estados. indica la toma de conciencia de la sociedad respecto a su capacidad para tomar iniciativas y marcar caminos en el desarrollo de la justicia social. Algo parecido dice Betsy Thom cuando expresa la situación que se produce a mediados del siglo XX y que ella denomina la tendencia de *getting back to people*, (volver a lo humano, a la gente, frente a la excesiva burocracia de la solidaridad de las administraciones).

A mi entender, en cada época la solidaridad ha encontrado su expresión y su fundamento hasta culminar en la realidad que ahora conocemos porque en toda expresión solidaria, por encima de las modas y las épocas, subyace siempre una pedagogía social de paz y justicia. Es lo que Pico della Mirandola definía como la condición humana hacia el bien. Hablamos de dos conceptos –paz y justicia– que están íntimamente ligados no solo en las inquietudes del pasado y del presente, sino muy especialmente del futuro.

En toda expresión solidaria subyace siempre una pedagogía social de paz y justicia

En todas las épocas ha habido respuestas aisladas o conjuntas para determinadas situaciones de penuria o desprotección. Es el lenguaje diverso de los tiempos, en donde las desigualdades y las carencias tenían un fuerte componente de búsqueda de paz social. Pero no se puede caer en la simplificación reduccionista de negar a otro tiempo que no sea éste la dimensión enriquecedora de la justicia social como objetivo.

Sin duda alguna, el cristianismo dio y sigue dando importantes contingentes de un voluntariado sin deserción en la lucha contra la pobreza. Pero es a partir del humanismo cuando la eliminación de la exclusión se constituye como un fin en sí mismo, dado que la pobreza es la antítesis del ideal humanista. La filantropía no solo se contempla, a partir de este momento, en función de quien la necesita, sino muy especialmente desde el talante de quien la da. Erasmo nos presenta el modelo del *Miles Christianus*, un hombre educado en valores para la vida con los demás: tolerancia, diálogo, generosidad, desde el respeto a los que piensan distinto.

Motolinía, ese gran franciscano que fue fray Toribio de Benavente en sus *Crónicas de Nueva España* destila una solidaridad basada en el respeto y hasta en la admiración hacia una cultura tan distinta de la española como era la cultura azteca. Estamos ante hombres que, a nivel individual, iniciaron corrientes de pensamiento proclives a una fraternidad para la convivencia y para la mejora de la condición humana. Así también el padre Vitoria en su *Relectio prior de Indis* sienta las bases de la igual dignidad de las personas por encima de las razas. Sin embargo, Juan Luis Vives en su espléndido tratado sobre *De subventionem pauperum sive de humanis necessitatibus* defiende el principio de la responsabilidad política ante la pobreza a la que también considera una amenaza para la paz social. Vives, ya en el siglo XVI hablaba de algo tan novedoso como la necesidad de medidas preventivas para combatir la pobreza así como modos de financiación que le convierten en el precursor de lo que, con el tiempo, serían sistemas de protección pública. Las reducciones jesuíticas en América fueron también un intento, desde la justicia, de abordar fórmulas de desarrollo y subsistencia.

Y junto a las actitudes individuales, las respuestas colectivas: las cofradías o hermandades, las fraternidades portuguesas y las *charities* británicas son también buenos ejemplos de una expresión solidaria que ha sobrevivido al paso del tiempo y se ha ido adaptando a los retos de cada momento.

Hoy poco tienen que ver, en las formas, las actividades que desempeñan en su seno estas instituciones con las que desarrollaron en otro tiempo, pero

nadie duda de que han generado en su entorno no solo un creciente voluntariado muy activo, sino que también han propiciado ámbitos de trabajo especializado desarrollado por entusiastas profesionales. Ha sido, en suma, un largo recorrido desde la caridad como concepto dentro del ámbito de lo moral, hacia la justicia dentro del campo de lo jurídico.

Sin duda alguna la Revolución Francesa introduce un concepto renovado de solidaridad: la *fraternité*. ya no es la hermandad, desde la caridad del cristianismo hacia la justicia, ni tampoco la filantropía humanista hacia la paz social o la convivencia en armonía. La fraternidad de 1791 va unida a la igualdad de derechos y a la libertad como aspiraciones de un modo político de organización. Es decir, la solidaridad se vinculaba a un modelo de estado participativo, que anuncia lo que serían nuestras modernas democracias.

A lo largo del siglo XIX, y muy vinculados a la revolución industrial se hicieron concretos de acceso a la justicia social a través de modelos de organización fundamentados en un pacto de voluntariedad recíproca. Así surgirían New Lanarck, Icaria, etc., pero fueron modos grupales de resolver situaciones de desigualdad o carencia desde los propios individuos.

Sin embargo, sí es preciso reconocer que –de una manera u otra– a lo largo de todo este tiempo las expresiones solidarias de la sociedad han ido conviviendo de forma paralela o tangente a la gestión desarrollada por las administraciones de los estados. En muchísimas situaciones han colaborado, pero casi siempre en situación de dependencia.

La sociedad más o menos organizada ha acudido a complementar o desarrollar –por delegación u omisión– tareas socioasistenciales y educativas que eran responsabilidad del estado. Se ha producido, así, una cierta indefinición, en la que las administraciones públicas se han sentido relativamente cómodas desde la certeza de que las prestaciones y ayudas siempre se llevan a cabo por esas asociaciones sin ánimo de lucro con el apoyo del voluntariado. De este modo se ha ido retrasando la delimitación de ámbitos y modos de colaboración, tan necesarios para un trabajo social de calidad.

A nadie se le oculta que, al igual que la educación y la sanidad, hoy es preciso consolidar un sistema en red de servicios sociales, donde junto a las administraciones públicas, el voluntariado y las ONG desempeñen tareas convenidas para mejorar las condiciones de vida de los desprotegidos, de las personas excluidas y de quienes precisan un apoyo puntual y concreto. Pero el Estado no puede hacer dejación de su responsabilidad directa en la

El Estado no puede hacer dejación de su responsabilidad directa en la salvaguarda del principio de igualdad de oportunidades

salvaguarda del principio de igualdad de oportunidades y en la defensa de los derechos humanos. Nuestra Constitución de 1978 marca una línea divisoria de especial importancia ya que en la propia definición de Estado determina que es social y democrático de derecho y asimismo señala a la justicia y la igualdad como valores superiores de nuestro ordenamiento jurídico.

El voluntariado y las ONG suponen el modo activo que tiene la sociedad para afrontar con el Estado un modelo de convivencia sin fisuras. Se trata de una manera de estar, desde la suma de voluntades, desde lo mejor que puede dar de sí cada persona. Pero también es, sin duda, una estrategia muy valiosa de la sociedad para pulsar y reconducir as decisiones de los poderes públicos.

A la búsqueda de ese equilibrio, justo y sobre todo solidario, han de dirigirse muchos esfuerzos, sobre todo para que no se vean afectados de forma negativa quienes se benefician de esa labor de cooperación mixta sociedad y Estado.

Al mismo tiempo es preciso seguir impulsando la promoción y formación de un voluntariado, preparado y especializado, para atender mejor las situaciones de vulnerabilidad o de emergencia.

Por supuesto, no hay que perder de vista en este reto que la solidaridad ha de hacerse a la medida de quien la necesita y no desde la perspectiva de quien la lleva a cabo. El siglo XXI camina hacia lo que el profesor Víctor Pérez Díaz denomina acertadamente “sistema del bienestar”. Servicios y prestaciones sociales han de ir encaminados a propiciar y garantizar la justicia social, y en esta tarea es preciso preservar la independencia de la sociedad civil articulada a través del voluntariado sin que ello libere al estado de esa responsabilidad constitucional de garantizar un Estado social y democrático.

Pero es preciso insistir en que el voluntariado es algo más que compromiso, estrategia para cambiar al mundo y entrega. la actitud del voluntario es también algo vivido ya que tiene que ser traducido a la propia existencia de cada uno. Ser voluntario implica, más que nunca, una actitud ante la vida, por encima de las posiciones personalistas que lo plantean todo en términos de lo propio, ya sea opinión o gesto. La predisposición al voluntariado se aprende, como lo han aprendido generaciones y generaciones, de niños y niñas ingleses, desde los primeros niveles educativos, como algo vinculado al aprendizaje de ejercer la ciudadanía, una ciudadanía, que ha de ser útil para otros ciudadanos. este modelo británico tuvo su trasposición en la India de Ghandi a través del seva Samití (asociación para el servicio social voluntario, que aún hoy en nuestros días realiza una maravillosa labor de justicia social junto a las órdenes religiosas establecidas en el país).

Así pues, en la escuela y en la familia del siglo XXI es donde se ha de iniciar el aprendizaje y el ejercicio de esos valores de paz, respeto, reciprocidad y apoyo que luego se trasladarán a otras etapas de la vida.

En la configuración de la personalidad de los adolescentes de hoy –que ya son los nuevos jóvenes del siglo XXI– importa mucho cómo se articulan los nuevos *curricula* de educación en valores. De modo que el voluntariado del futuro no sólo surgirá por el estímulo de las situaciones de pobreza sino que la disponibilidad hacia lo solidario tendrá que formar parte de esa educación integrada tan importante para el bienestar de los pueblos. Una educación para la participación ciudadana como un instrumento integrado para hacer hombres y mujeres de bien, “hacer gente” que diría Ginés de los Ríos.

Los datos del voluntariado en España son muy esperanzadores. estamos cerca de las 10.000 asociaciones filantrópicas registradas frente a las 427 que había hace 20 años. El número de voluntarios supera los 700.000 y un 53% desarrollan su actuación en el campo socioasistencial, iniciándose recientemente un incremento en el voluntariado dedicado a tareas educativas, culturales, sanitarias y de ocio y deporte.

Sin embargo, es preciso recomponer en sus justos términos la visión de una sociedad debidamente configurada. El voluntariado, las ONG, las asociaciones y entidades sin ánimo de lucro, no constituyen un mundo aparte, sino que están formadas por gente de toda edad y condición que añaden a sus ocupaciones habituales tareas solidarias. Su quehacer genera bienestar y empleo, es el denominado tercer sector, un sector que va a tener un desarrollo espléndido en el siglo XXI. de ahí la necesidad de crear redes de colaboración entre la sociedad, las administraciones y el denominado tercer sector para seguir atentamente las demandas sociales, conocer con anticipación los retos y buscar con acierto las respuestas desde el convencimiento de que todos estamos en lo mismo.

Somos, en democracia, forjadores de una convivencia que ha de hacerse desde la responsabilidad del estado con una sociedad cada vez más justa y libre, buscar la calidad de vida que pasa por la dignificación de la existencia humana, como objeto prioritario del quehacer de todos, haciendo detección y prevención de situaciones de riesgo como la fórmula más eficaz contra la marginación. Pero también hemos de difundir –a fin de lograr esa visión integradora de nuestra sociedad del siglo XXI– lo que realmente moviliza y supone como factor dinamizador de conciencias y conductas ese movimiento social que es el voluntariado. En efecto, la solidaridad requiere la presencia y dirección de expertos profesionales que diseñen y organicen el desarrollo de tareas en

La solidaridad requiere la presencia y dirección de expertos profesionales

las que colaboran los voluntarios. Sin estos expertos profesionales no se podrían realizar los programas que se llevan a cabo en todo el mundo, en el ámbito no solo de lo socio y psicoasistencial, sino también de lo educativo, de lo sanitario, de lo cultural, del medio ambiente, en definitiva, de todo aquello que va dirigido a la consecución de un desarrollo sostenido. La solidaridad, pues, en el siglo XXI apoyada en el voluntariado presenta una doble vertiente no solo como respuesta a los retos sociales sino en cuanto capacidad generadora de empleo, en nuevos yacimientos de trabajos relacionados con servicios de proximidad que hagan posible la conciliación de la vida familiar y laboral, la autonomía en el envejecimiento, el apoyo en la dependencia y el trabajo al servicio de la reinserción.

También el siglo XXI tendrá que ver reforzada la militancia social por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. este es un voluntariado desde las conciencias, desde cualquier circunstancia, al que estamos llamados hombres y mujeres. esto es así desde el convencimiento de que el 'último tramo hacia la igualdad real no podremos hacerlo las mujeres solas sino que necesitamos abordar este último recorrido en cooperación solidaria con todos los hombres que creen y ejercitan el principio de igualdad de oportunidades. la igualdad entre hombres y mujeres como compromiso o pacto social.

A esta tarea, la de colaborar a la construcción de una sociedad más justa, más feliz y solidaria, estamos llamados todos, pero muy especialmente los jóvenes a los que, con palabras de Mario Benedetti

*también les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor
recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
situarse en una historia que es la suya
no convertirse en viejos prematuros
les queda respirar/abrir los ojos
descubrir las raíces del horror
inventar paz así sea a ponchazos
entenderse con la naturaleza
tender manos que ayudan/abrir puertas
entre el corazón propio y el ajeno
sobre todo les queda hacer futuro*